

Entre Parentesis

EL AUTOR

Whora
enero 27/30
Por Rafael Suarez Solís

He hablado —hemos hablado— mucho de la restauración de la Plaza de la Catedral. No se dirá bastante en tono panegírico de tan feliz acuerdo, y, sobre todo, de tan inteligente trabajo. En mis últimos artículos discurrendo sobre el "tareco" decía yo que una ciudad no debe ser la obra de un hombre, ni siquiera de los "individuos" que viven una o varias épocas, sino, como el idioma y la política, "obra de arte y del tiempo". El estilo de la ciudad, y, consiguientemente, el de sus casas, ha de responder a una manera geográfica y social de vivir de acuerdo con el clima, la cultura, la historia y el destino de un pueblo. Lo urbano ha de tener valor de paisaje, y estar, por tanto, sujeto a perspectiva, líneas, masas y colores determinados.

Naturalmente, no se persigue conseguir un "paisaje" esotérico para las ciudades. De la misma manera que no existen paisajes rústicos incommovibles e inmutables. La propia naturaleza es, con relación al hombre, una cosa cambiante, al ser el sostén y el "alimento" de la existencia humana. Un paisaje cambia con el estilo de la explotación a que se le somete, y unas veces es agrícola, otras minero o ferroviario o bélico o cinegético o ganadero.... Igual con las ciudades, filosóficas un tiempo, mercantiles o industriales otros, ya militares como plazas fuertes, ya universitarias, ya frívolas o deportivas o mostrándose como ruinas o como museos.

No se puede mandar en las ciudades, son ellas las que mandan desde la eminencia de su ocupación, que es la ~~em~~ necesidad de la necesidad, de "su" necesidad. Pero sí se puede conservar de ellas, en parte, aquellos aspectos documentales que recuerden y ponderen su historia, su pasado. La ciudad, como la sociedad, como la cultura, es —debe ser,— en cada momento, según dijimos, un gran momento, un minuto infinito lleno de ayer, de hoy y de mañana: nacido del pasado y disparado, con puntería, hacia el futuro. Es necesario saber de dónde se viene si se quiere ir conscientemente, que es el mejor modo de estar con toda dignidad.

Se dice esto para empatar esta crónica con la nuestra anterior, donde se alude a la inteligente restauración de la Plaza de la Catedral; obra ya en vísperas de terminarse. Ese trabajo ha sido posible gracias a una buena acogida de la sociedad habanera, estimulada desde las columnas de la prensa diaria y semanal. Desde hace muchos años se viene propagando por unos pocos el deber de restaurar una característica geográfica para la ciudad que no puede por menos de ser siempre tropical, al tiempo que se cuida de respetar las modificaciones esenciales a una civilización en marcha de progreso. Aquellas voces no fueron escuchados por los "individuos" que se creyeron en el caso de ocupar la ciudad como una propiedad privada, sacando de ella el interés particular que mejor satisficiera su ambición. Así se hizo de la Habana una feria donde exhibían sus perifollos urbanos unos cuantos quincalleros de la estética. Fué necesario un tiempo



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

de restauración de la ciudadanía, del colectivismo, para que la ciudad recobrase el derecho a mandar, a mandarse. Si hemos de ser justos al estudiar el cambio, debemos convenir en que algo ha hecho la tiranía por emprender la obra de lo urbano. La tiranía pareció sentir la necesidad de congraciarse con el pueblo para defender su derecho a conservar la autoridad; hacerse complaciente para seguir dominando con el ejemplo de lo objetivo. De algún modo aquello suponía una imposición y una obediencia por parte de la dictadura. Y ello se explica más claramente a la vista de la insistencia de la revolución en respetar y alentar a los que, si se mantienen en las malas prácticas políticas, insisten en conceder créditos y preocupaciones en favor de las reformas de la Habana.

Pero lo que las obras de la Plaza de la Catedral tienen de impulso colectivo no debe privar a los profesionales ejecutantes de la parte de gloria personal correspondiente a su cultura y entusiasmo. Así, el representante de esa voluntad popular tiene un nombre y es de razón que se divulgue. En lo que se refiere a la Plaza se llama Luis Bay. De las obras de arte se dice que no son tales mientras que su emoción estética no pase a instalarse en lo íntimo de una comprensión espectadora. El espectador es colaborador del artista. Y es de esta manera como, por ejemplo, los lienzos del Greco viven "todavía" como obras de arte, al tiempo que otras pinturas, tenidas un tiempo por obras eternas, han muerto ya por no tener espectadores que las admiren desde el alojamiento de su emoción estética.

Toda obra de arte ha de ser firmada. La firma de Luis Bay ha de exhibirse y verse en ese gran "lienzo" que es ahora otra vez la Plaza de la Catedral, obra de arte —obra histórica, documento nacional— por la sabia y entusiasta restauración de un arquitecto estudioso e ilustrado: artista.

¿Dónde poner la firma? Ya alguien lo ha indicado con feliz iniciativa. Una restauración, dijimos en anterior artículo, no supone sólo el restablecimiento de las cosas en una simple devolución de los detalles destruidos por el tiempo y por las injurias administrativas. Lo que se ha de hacer es aprovechando la mayor suma posible de elementos originales, devolver al sitio su aspecto de época, su carácter estético, su emoción primitiva. Si algún detalle se puede agregar para conseguirlo debe ponerse. Por eso hemos pedido hace tiempo palomas para la Plaza de la Catedral; unas palomas que nunca tuvo el silencioso y apacible rincón. Pero como ni el silencio ni el aislamiento habrán de poder restaurarse por causa del ruido y del tránsito moderno, —inevitable y hasta conveniente— las palomas, domesticadas por la ciudadanía, podrían conseguir ese "aspecto" restauracionista. Con las



palomas, y para las palomas. —para ayudarlas a laborar por lo característico— debe ponerse en el centro de la Plaza una fuente, con abrevadero y comederos. Dar de beber y comer a las palomas es un acto de piedad emocional que corresponde a la ciudad y sus individuos; los niños especialmente. Allí irán los habaneros con sus cartuchitos de trigo de alpiste, de migajas de pan a dar de comer a las palomas. La fuente, además, ha de tener un bello carácter documental, ornamental, estilístico. El propio Luis Bay ha proyectado la fuente que está pidiendo ese museo que será la vieja e ilustre Plaza: un proyecto que ya ha sido exhibido en las páginas de alguna revista. Por el estilo, por las proporciones, por la elegancia y la disposición, la fuente está pidiendo ser puesta en el centro de la Plaza. Y en la fuente, por petición de todos, debe grabarse un nombre: el del autor, —el de Luis Bay— como se pone en un lugar del lienzo la firma del artista que lo hizo.

Hay otro proyecto de inscripción en la fuente. Pero de eso hablaremos otro día; cuando el proyecto mismo del "pequeño" gran detalle documental y artístico empiece a realizarse.

Ahora, en 27/35



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Entre Parentesis

suero 25/35

EL AUTOR

Huon

Por Rafael Suarez Solis

He hablado —hemos hablado— mucho de la restauración de la Plaza de la Catedral. No se dirá bastante en tono panegírico de tan feliz acuerdo, y, sobre todo, de tan inteligente trabajo. En mis últimos artículos discurrendo sobre el "tareco" decía yo que una ciudad no debe ser la obra de un hombre, ni siquiera de los "individuos" que viven una o varias épocas, sino, como el idioma y la política, "obra de arte y del tiempo". El estilo de la ciudad, y, consiguientemente, el de sus casas, ha de responder a una manera geográfica y social de vivir de acuerdo con el clima, la cultura, la historia y el destino de un pueblo. Lo urbano ha de tener valor de paisaje, y estar, por tanto, sujeto a perspectiva, líneas, masas y colores determinados.

Naturalmente, no se persigue conseguir un "paisaje" es tático para las ciudades. De la misma manera que no existen paisajes rústicos inmovibles e inmutables. La propia naturaleza es, con relación al hombre, una cosa cambiante, al ser el sostén y el "alimento" de la existencia humana. Un paisaje cambia con el estilo de la explotación a que se le somete, y unas veces es agrícola, otras minero o ferroviario o bélico o cinegético o ganadero... Igual con las ciudades, filosóficas un tiempo, mercantiles o industriales otras, ya militares como plazas fuertes, ya universitarias, ya frívolas o deportivas o mostrándose como ruinas o como museos.

No se puede mandar en las ciudades, son ellas las que mandan desde la eminencia de su ocupación, que es la eminencia de la necesidad, de "su" necesidad. Pero sí se puede conservar de ellas, en parte, aquellos aspectos documentales que recuerden y ponderen su historia, su pasado. La ciudad, como la sociedad, como la cultura, es —debe ser,— en cada momento, según dijimos, un gran momento, un minuto infinito lleno de ayer, de hoy y de mañana: nacido del pasado y disparado, con puntería, hacia el futuro. Es necesario saber de dónde se viene si se quiere ir conscientemente, que es el mejor modo de estar con toda dignidad.

Se dice ésto para empatar esta crónica con la nuestra anterior, donde se alude a la inteligente restauración de la Plaza de la Catedral; obra ya en vísperas de terminarse. Ese trabajo ha sido posible gracias a una buena acogida de la sociedad habanera, estimulada desde las columnas de la prensa diaria y semanal. Desde hace muchos años se viene propagando por unos pocos el deber de restaurar una característica geográfica para la ciudad que no puede por menos de ser siempre tropical, al tiempo que se cuida de respetar las modificaciones esenciales a una civilización en marcha de progreso. Aquellas voces no fueron escuchados por los "individuos" que se creyeron en el caso de ocupar la ciudad co



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

mo una propiedad privada, sacando de ella el interés particular que mejor satisficere su ambición. Así se hizo de la Habana una feria donde exhibían sus perifollos urbanos unos cuantos quincalleros de la estética. Fué necesario un tiempo de restauración de la ciudadanía, del colectivismo, para que la ciudad recobrase el derecho a mandar, a mandarse. Si hemos de ser justos al estudiar el cambio, debemos convenir en que algo ha hecho la tiranía por emprender la obra de lo urbano. La tiranía pareció sentir la necesidad de congraciarse con el pueblo para defender su derecho a conservar la autoridad; hacerse complaciente para seguir dominando con el ejemplo de lo objetivo. De algún modo aquello suponía una imposición y una obediencia por parte de la dictadura. Y ello se explica más claramente a la vista de la insistencia de la revolución en respetar y alentar a los que, si se mantienen en las malas prácticas políticas, insisten en conceder créditos y preocupaciones en favor de las reformas de la Habana.

Pero lo que las obras de la Plaza de la Catedral tienen de impulso colectivo no debe privar a los profesionales ejecutantes de la parte de gloria personal correspondiente a su cultura y entusiasmo. Así, el representante de esa voluntad popular tiene un nombre y es de razón que se divulgue. En lo que se refiere a la Plaza se llama Luis Bay. De las obras de arte se dice que no son tales mientras que su emoción estética no pase a instalarse en lo íntimo de una comprensión espectadora. El espectador es colaborador del artista. Y es de esta manera como, por ejemplo, los lienzos del Greco viven "todavía" como obras de arte, al tiempo que otras pinturas, tenidas un tiempo por obras eternas, han muerto ya por no tener espectadores que las admiren desde el alojamiento de su emoción estética.

Toda obra de arte ha de ser firmada. La firma de Luis Bay ha de exhibirse y verse en ese gran "lienzo" que es ahora otra vez la Plaza de la Catedral, obra de arte —obra histórica, documento nacional— por la sabia y entusiasta restauración de un arquitecto estudioso e ilustrado: artista.

¿Dónde poner la firma? Ya alguien lo ha indicado con feliz iniciativa. Una restauración, dijimos en anterior artículo, no supone sólo el restablecimiento de las cosas en una simple devolución de los detalles destruidos por el tiempo y por las injurias administrativas. Lo que se ha de hacer es aprovechando la mayor suma posible de elementos originales, devolver al sitio su aspecto de época, su carácter estético, su emoción primitiva. Si algún detalle se puede agregar para conseguirlo debe ponerse. Por eso hemos pedido hace tiempo palomas para la Plaza de la Catedral; unas palomas que nunca tuvo el silencioso y apacible rincón. Pero como ni el silencio ni el aislamiento habrán de poder restaurarse por causa del ruido y del tránsito moderno, —inevitable y hasta conveniente— las palomas, domesticadas por la ciudadanía, podrían conseguir ese "aspecto" restauracionista. Con las palomas, y para las palomas —para ayudarlas a laborar por lo característico— debe ponerse en el centro de la Plaza una fuente, con abrevadero y comederos. Dar de beber y comer a las palomas es un acto de piedad emocional que corresponde a la ciudad y sus individuos; los niños especialmente. Allí irán los habaneros con sus cartuchitos de trigo de alpiste, de migajas de pan a dar de comer a las palomas. La fuente,



3

además, ha de tener un bello carácter documental, ornamental, estilístico. El propio Luis Bay ha proyectado la fuente que está pidiendo ese museo que será la vieja e ilustre Plaza: un proyecto que ya ha sido exhibido en las páginas de alguna revista. Por el estilo, por las proporciones, por la elegancia y la disposición, la fuente está pidiendo ser puesta en el centro de la Plaza. Y en la fuente, por petición de todos, debe grabarse un nombre: el del autor, —el de Luis Bay— como se pone en un lugar del lienzo la firma del artista que lo hizo.

Hay otro proyecto de inscripción en la fuente. Pero de eso hablaremos otro día; cuando el proyecto mismo del "pequeño" gran detalle documental y artístico empiece a realizarse.

Alma
Jan. 24/35



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

ORIGINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA